mente todos los hombres que descendían de Noé, pudieran habitar con sus rebaños en el campo de Senaar.

4°. Finalmente, la historia del Egipto parece exigir, que ya desde entonces los hijos de Mezraim estuviesen en posesión del valle del Nilo. En consecuencia, nada nos obliga á interpretar de tal modo el texto bíblico, que exijamos la presencia de todos los hombres en el campo de Senaar. Lo contrario se nos insinua en el lugar citado del Génesis, y en su contexto.

CAPITULO DECIMO.

ABRAHAM.

En la vida de este santo hombre, escogido por Dios para fundar el pueblo que debía conservar la fe y el culto del verdadero Dios, y atesorar las esperanzas todas de la humanidad, hallan los incrédulos muchos puntos, por donde atacar la veracidad de los libros santos. Casi ninguno de ellos, sin embargo, se relaciona con la ciencia, razón por la que no nos detenemos á resolver esas dificultades. Pero no podemos prescindir de hablar sobre un hecho juzgado hoy inverosímil, no por los naturalistas, sino por los historiadores racionalistas, como opuesto á las reglas más elementales de la táctica militar. Hablamos de la victoria obtenida por Abraham sobre Chodorlahomor y otros tres reyes.

Se refiere en el capítulo XIV del Génesis, que Chodorlahomor, rey de los Elamitas, sujetó é hizo tributarios suyos á todos los reyes del valle de Pentápolis; pero que después de trece años de vasallaje al fin sacudieron su yugo. Por eso en el año siguiente este rey se asoció con otros tres y peleó contra los de Sodoma, Gomorra, Seboim, Adama y Bala y devastando toda la religión de los Amale-

citas y Amorreos, se llevó á muchos cautivos, y entre ellos á Lot, sobrino de Abraham. Al saber esta nueva, Abraham reunió á trescientos diez y ocho criados suyos y junto con sus vecinos Aner, Escol y Mambre, los sorprendió en el silencio de la noche, los derrotó y persiguió hasta Hoba, que está á la izquierda de Damasco. Les quitó todo el botín, y á Lot con su familia y riquezas.

Esta narración, dicen los racionalistas, en todo se parece á una fábula, porque ¿quién creerá que al poderosísimo rey de los Elamitas fuese necesario asociarse con otros tres reyes, para vencer á los miserables reyezuelos de Pentápolis? Sobre todo, es absolutamente inverosímil que Abraham con un puñado de hombres venciese á cuatro reyes que iban al frente de ejércitos aguerridos y triunfantes.

A lo primero respondo, que en ninguna parte se lee que Chodorlahomor fuese un rey poderosísimo y que los otros reyes compitieran con él en pujanza. Lo contrario demuestra la proximidad de los lugares en donde estos reyes imperaban. Además, no sólo debían pelear contra los reyes de Siddim, que con igual ligereza se juzgan miserabilísimos, sino con los pueblos vecinos como los Rafaimitas, Lucitas, Eminitas y todos los que habitaban en el valle de Faraon, por lo que nadie se admirará de que Abraham se haya preparado sócios para esta expedición.

Lo segundo inverosímil sería en la época

actual y entre los pueblos que han llegado á cierto grado de cultura; pero en la época de Abraham y entre los orientales, que no disciplinaban sus tropas en manera alguna, y que no acostumbrando dejar centinelas durante la noche, no era raro que sufriesen estas sorpresas, de que con frecuencia nos habla la Escritura. (1) En nuestros mismos días y este eterno Oriente suelen aún acaecer. La siguiente descripción que hace Vigouroux del hecho de que venimos tratando parece copiada del natural.

Desde que Abraham, dice, supo por un fugitivo lo que acaba de acaecer á su sobrino Lot, reunió apresuradamente trescientos diez y ocho esclavos y se puso en persecución de los enemigos. Estaba acampado entonces al Sur de la Palestina, en el valle de Mambre, cerca de Hebron. Después de cuatro jornadas, se halló en la altura de las montañas que después se llamaron de Neftalí, desde cuyas cumbres pudo distinguir sin trabajo, á los Elamitas gozando de su victoria y reposando confiados cerca de una de las fuentes del Jordán. El dió la batalla como suelen hacerlo hoy todavía los árabes en semejantes circunstancias.

Las tribus vencidas cuando se deciden á perseguir á los vencedores, no cuentan con la fuerza bruta para tomarse el desquite, sino en la complicidad de las tinieblas de la

1 Jueces VIII y I Rey XXX. etc.

noche. Esperan, antes de atacar á los que las han despojado, á que estén profundamente dormidos. Entonces la sorpresa es fácil, porque los guardias y los centinelas son desconocidos en la imprevisora estrategia de los Orientales. Los asaltantes se dividen en grupos, *divisis socii s*, como dice el Génesis, y cuando ha cerrado completamente la noche *irruit super eos nocte* se precipitan bruscamente de diversos puntos sobre el campo sumergido en el sueño. En un abrir y cerrar de ojos las tiendas son derribadas y arrancadas las estacas que las tenían fijas en la tierra. La confusión, el desorden, los aullidos llegan á su colmo en medio de los enemigos que se despiertan sobresaltados y como enterrados bajo sus tiendas. Se desembarazan como pueden sabiendo apenas lo que hacen. Si hay combate, es más una refriega, que una batalla. Ellos son hollados, se matan, se degüellan entre sí y se colman mútuamente de maldiciones. Es imposible, en medio de las tinieblas, distinguir el número de los que atacan y distinguir los amigos de los enemigos, ó más bien, la imaginación exaltada por el miedo, no ve por todas partes sino enemigos. Así es que por lo regular la consecuencia es un pánico irresistible y una derrota segura. Los vencedores de ayer, huyen con el mayor desorden, dejando sus ricos despojos en manos de los vencedores de hoy, y perseguidos con furor son muchos de ellos degollados.

Esto sucedió en el pasaje á que nos referimos. Las gentes de Chodorlahomor, sorprendidas por Abraham, tratan de escapar de la matanza, más bien que de defenderse, dejando en el campo los cautivos y el botín. Una táctica semejante debía dar los mejores resultado más de una vez á los descendientes de Abraham. Así es como Gedeon sorprendió á los Madianitas más allá del Jordán y se apoderó de sus reyes Zelbec y Salmana; y así también David dispersó á los Amalecitas que habían saqueado á Siceleg.